

Rafael Pardo

ORAR CON
UN CORAZÓN
MISERICORDIOSO



DESCLÉE DE BROUWER

Rafael Pardo Fernández

orar con...
un corazón misericordioso

Desclée de Brouwer



| | |
|--|----|
| breve introducción | 9 |
| 1. habitar la periferia | 11 |
| 2. compromiso | 27 |
| 3. compadecerse | 35 |
| 4. acercarse | 45 |
| 5. ofrecerse. | 57 |
| 6. practicar la misericordia | 69 |
| apéndice: las obras de misericordia. | 77 |



breve introducción

Estas reflexiones nacen en el contexto del Año de la Misericordia proclamado por el Papa Francisco, pero no tienen su origen en ello. Comencé a escribir un libro sobre la parábola del Buen Samaritano y su significado para pensar vías nuevas en la pastoral de la Iglesia. Cuando el Papa Francisco convocó este Año de la Misericordia mediante el precioso documento *Misericordiae vultus*, creí que había puesto palabras a esos pensamientos que me rondaban desde hacía tiempo.

Estas reflexiones no son mías: son fruto de muchas conversaciones con hombres y mujeres cristianos que, de una u otra manera, me han enseñado lo que significa para ellos la persona, la acción y el mensaje de Jesús misericordioso. También debo mucho a colegas sacerdotes con los que he compartido ideas y pensamientos que ahora me tomo la libertad de expresarlos aquí.



Deseo ser concreto en la exposición y no andarme por las ramas. Soy consciente que cuando uno *aterri-za* corre el peligro de hacer afirmaciones matizables y no siempre acertadas, porque la realidad social de nuestro mundo es compleja, pero prefiero que el lector o lectora gane en comprensión y sencillez. El objetivo es reflexionar sobre qué acciones concretas implican la “renovada acción pastoral” que necesita la Iglesia, en la que no se debe “excluir a ninguno” (*Misericordiae vultus*, nº 12).

Mi punto de partida coincide con el del Papa Francisco: “tal vez por mucho tiempo, nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia” (*Misericordiae vultus*, nº 10). Se puede decir más alto, pero no más claro.



1 habitar la periferia

Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto (Lc 10, 30).



Al borde del camino

Jesús estaba atento a la gente abandonada al borde del camino, como aquel pobre hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó. Marginados, apaleados, censurados o abandonados por una sociedad que no quería saber nada de ellos.

Pienso en la misericordia de Jesús que le hizo detenerse ante un ciego que estaba “sentado al borde del camino” (Lc 18, 35). Fuera de circulación, fuera de todo rango social, aquel ciego gritaba y los demás que amenazaban para que se callase y no se molestase, pero Jesús se detuvo. Pienso en la misericordia de Jesús, que se fijó en un hombre que permanecía postrado en su camilla, en la piscina de Betsaida, porque nadie quería ayudarlo: “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua” (Jn 5, 7). Fuera de circulación, de todo rango social, de toda ayuda, aquel parálítico deseaba una mano amiga y compasiva. Pienso en Jesús misericordioso, que se detuvo a sanar a un hombre enloquecido en Gerasa, donde “se pasaba el día y la noche en los sepulcros y en los montes” (Mc 5, 5). Fuera de circulación, fuera de rango, aquel hombre despreciado ya no vivía una vida social digna, sino que moraba junto a los sepulcros de los muertos. Lo habían sepultado en vida mediante el desprecio y la marginación.



Son muchas las escenas del evangelio en las que se narra cómo Jesús se detenía en la *periferia existencial*, por usar las palabras del Papa Francisco, para sanar a los marginados de la sociedad. Los había pobres y enfermos, como los diez leprosos que moraban en descampado; pero también los hubo ricos, como el caso de Zaqueo, al que su propia codicia lo había apartado del grupo humano en el que vivía.

¿Por qué fueron marginados estos hombres y mujeres? Basta recurrir a la Palabra de Dios, que siempre nos ilumina, para iluminar la vida en toda su crudeza: “el pobre es odioso incluso a su amigo, pero muchos son los que aman al rico” (Prov 14, 20). Esa fue la experiencia de Job, muy amado y con muchos amigos mientras fue un personaje rico, pero que en cuanto cayó en desgracia hasta su propia mujer le invitó al suicidio: “su mujer le dijo: ¿todavía persistes en tu honradez? Maldice a Dios y muérete” (Job 2, 8). Muérete. Hazte a un lado. No molestes. ¿No es este el principio de toda marginación social? Es irónico que cuando Job volvió a ser rico tras superar las pruebas, “vinieron a visitarlo sus hermanos y hermanas, junto con antiguos conocidos” (Job 42, 10-11).

El pobre es odioso incluso a su amigo, y por eso es abandonado y relegado a la periferia social, a la peri-



feria existencial. El pobre es condenado a vivir en un descampado en donde no moleste ni contagie su mala suerte.

Aquel hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó y que fue apaleado sufrió una terrible sorpresa, que fue la de verse robado y desnudado. Pero más desagradable aún fue la consecuencia: verse abandonado, porque nadie quiere a su lado a un hombre caído en desgracia. Dice el refranero que cuando un árbol cae, todos se apartan. Me parece que aquel pobre hombre pudo tener en los labios las palabras del salmista: “Soy la burla de todos mis enemigos, la irrisión de mis vecinos, el espanto de mis conocidos: me ven por la calle y escapan de mí. Me han olvidado como a un muerto, me han desechado como a un cacharro inútil” (Sal 30).

Jesús recorría la periferia existencial, curando y sanando a los desgraciados que vivían al borde del camino. Él mismo experimentó en su propia carne la burla, la marginación y el abandono, ya que “nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado” (Is 53, 4-5). Cuando Jesús hacía milagros y tenía fama, toda una muchedumbre lo seguía hasta sentirse saciada. Pero cuando comenzó a vivir la Pasión, se encontró solo y abandonado. Hasta sus mejores amigos –sus apóstoles– le abandonaron. Y Jesús, que



deseaba un poco de compañía, preguntó a Pedro: “Simón, ¿duermes?” (Mc 14, 37). Solo recibió silencio, traición y abandono. Cuando Jesús mostraba su poder divino, hasta la madre de dos apóstoles le pidió un puesto especial para sus hijos. Pero después de ser apresado y ajusticiado, Jesús vivió la misma historia que aquel pobre desgraciado que bajaba de Jerusalén a Jericó: se quedó solo, abandonado y apaleado.

